

OBRA COMPLETA DE PERE TORROELLA

al cuidado de Francisco Rodríguez Risquete

DISCURSO DE PRESENTACIÓN PRONUNCIADO EL 23 DE NOVIEMBRE DE 2011 EN LA
UNIVERSIDAD DE GERONA.

El libro que hoy presentamos tiene el aspecto de un libro convencional y perfectamente académico, con su prólogo, sus textos editados, sus notas críticas y todo tipo de anejos. Esta es la parte visible y epidérmica de cualquier obra, la faceta que conocemos con solo hojearla durante unos breves segundos. A primera vista, en él se estudia y edita la obra completa de un poeta y cortesano del siglo xv a quien no se le había prestado demasiada atención hasta hoy. Pere Torroella (c. 1420-c. 1492), en efecto, era recordado (y solo entre los especialistas) como un poeta menor que descolló por tres motivos: porque compuso un poema titulado Maldecir de mujeres, que lo convirtió en el arquetipo del misóginomisógino durante un par de siglos; porque escribió su obra en castellano y en catalán, a partes iguales, en una demostración de bilingüismo que se nos antoja perfecta; y porque compuso el primer soneto que se ha conservado en catalán, en los mismos años en los que el Marqués de Santillana escribía los suyos. Los motivos de su modesta fama eran, pues, casi accidentales. En apariencia, este libro profundiza en su biografía y presenta una edición mejorada de la obra completa, con anotación sistemática. Como ya he dicho, podría parecer que solo es un libro académico y convencional.

Déjenme, no obstante, que explique qué es realmente, o qué quiere ser, este libro. Todas las obras ocultan una historia tras de sí, que a menudo es más interesante que el libro que deriva de ella. Creo que esta edición de Pere Torroella se entiende mejor si sabemos cómo nació, de dónde tomó su forma y cómo ha acabado aquí.

Tengo en mis manos tres volúmenes: dos de mi Pere Torroella y uno de los *Sis poetes del regnat d'Alfons el Magnànim*, que Jaume Torró publicó hace ahora dos años, también en la colección Els Nostres Clàssics. De un modo misterioso, los tres volúmenes forman una

unidad y se complementan a la perfección. Me gusta imaginar que son, en el fondo, un solo libro. Un libro, en efecto, del que el volumen de Torró es el pórtico o, quizá mejor, el planteamiento y el nudo, y del que los míos son el desenlace de esta singular novela histórica que hemos ido edificando con dedicación y paciencia. Ambas obras me traen a la memoria una frase de Benjamin Disraeli que dice así: «Cuando necesito leer un libro, lo escribo». Eso fue, salvando todas las distancias, lo que sucedió hace doce años y lo que explica la existencia de estas ediciones: carecíamos de un libro que nos permitiera entender la realidad social de la poesía catalano-aragonesa del siglo xv, y tuvimos que escribirlo, como quien dice, a cuatro manos.

En 1999 (hace ya mucho tiempo), ingresé como becario de investigación al servicio de Rafael Ramos y Jaume Torró, de un modo similar al de Pere Torroella, que siendo apenas un muchacho ingresó al servicio de Juan de Aragón y Carlos de Viana. Ambos, no hacía falta decirlo, han sido magníficos directores, e incluso algo más que simples directores. Rafael Ramos conoce de manera excepcional la poesía castellana del siglo xv, y sus consejos y estímulos han sido fundamentales para que este libro sea lo que es. Jaume Torró, por su parte, tenía la sospecha de que la historia de la poesía del xv, tal y como la presentaba la historiografía oficial, era una crónica deficiente e incompleta, y que se hacía necesario estudiarla de nuevo a partir de la búsqueda en archivos y de las herramientas de la filología más rigurosa. Una historia de la poesía no solo consiste en la yuxtaposición de un puñado de datos: es, sobre todo, una trama tejida con el mayor número posible de hilos, pero que nos muestra, más allá de los detalles, un dibujo unitario y coherente, una sola imagen compleja y armónica. En aquel libro que el profesor Torró quería leer algún día pero que aún no existía, en aquel libro imaginario del que hablaba Benjamin Disraeli, existían importantes vínculos entre la poesía aragonesa y la poesía catalana del momento; en aquel libro soñado, los poetas decidieron arrinconar el provenzal y abrazar el catalán gracias al ascenso de los Trastámara al poder, y no por decisión de un solo poeta, por muy genial que este fuera; en aquella obra ideal, Ausiàs March había sido un poeta perfectamente cortés, y no un romántico aislado, torturado y enfrascado en sus cavilaciones; las cortes de Juan II y Carlos de Viana, a menudo desatendidas por los especialistas, eran cruciales para el desarrollo de la lírica culta; y, finalmente, en aquel libro *in mentis*, Pere Torroella había desempeñado un

papel destacadísimo, de auténtico líder cultural, en las grandes cortes aragonesas del momento. Sin embargo, era necesario que alguien escribiera tal libro, y el azar quiso que yo formara parte de ese proyecto estimulante. Un proyecto que consistía, ni más ni menos, que en presentar una visión renovada de toda la poesía catalano-aragonesa del siglo xv, con sus poetas, sus cortes y decorados, sus cancioneros en constante génesis y mutación, y sus modelos de inspiración.

En seguida nos pusimos a trabajar. Sabíamos que Pere Torroella fue ampurdanés y que había residido en las cortes de Juan de Navarra, Carlos de Viana, Alfonso el Magnánimo y, una vez más, Juan II; sabíamos que había participado en la guerra civil catalana de 1462-1472, y sabíamos que su obra era difícil, quizá porque había sido mal editada en los años treinta del pasado siglo.

A pesar de todo, era mucho más lo que no sabíamos: ignorábamos, por ejemplo, cuándo y por qué aquel muchacho ampurdanés, un simple cadete de La Bisbal, acabó en la lejana corte de Navarra; cuándo llegó a la fastuosa corte de Nápoles; qué relaciones mantuvo exactamente con Juan de Aragón y su hijo Carlos de Viana, eternamente enemistados; cuándo nació y cuándo murió; qué papel representó en el canon de la poesía del siglo xv; cómo se relacionó con la poesía de Ausiàs March; cuáles eran sus orígenes y su familia; cómo había que leer y entender su obra; y, como estos, muchos otros enigmas, hasta entonces insondables.

Pasé dos veranos en Barcelona, trabajando en el Archivo de la Corona de Aragón, en el Archivo de Protocolos y en el Archivo de Historia de la Ciudad. Aunque la investigación en los archivos suele ser rutinaria y algo aburrida, no son raras las sorpresas. Un día, mientras bregaba con unos registros casi olvidados de la cancillería de Carlos de Viana, encontré a Joanot Martorell acompañando al Príncipe de Viana justo en los años en los que escribió el *Tirant lo Blanc*. Este hallazgo, sin embargo, no es mérito mío. Jaume Torró hacía tiempo que explicaba en sus clases, de forma instintiva o quizá intuitiva, que Martorell no escribió el *Tirant* recluido en Valencia, como se creía, sino en el ambiente de una corte cosmopolita, ejerciendo las funciones propias de un militar de la época. Ahora había aparecido la prueba,

y al instante lo llamé y lo celebramos, junto a Rafael Ramos, en un restaurante paraguayo de fogones exóticos pero no muy refinados. Poco después, el profesor Ramos me advirtió de que una casa de subastas de Barcelona sacaba a la venta un lote de documentos de las familias Torroella-Agullana-Riquer, pero durante una inspección apresurada no supimos ver nada de interés en ellos. Pasaron los meses y me enteré de que el archivo de La Bisbal había adquirido aquel lote, y gracias a él, con más calma, pude reconstruir los orígenes de Pere Torroella, pero también su sorprendente descendencia, que nos enseña que el patrimonio familiar del poeta pasó, en el decurso de los siglos, a manos de los Agullana, ascendientes directos del brillante filólogo Martín de Riquer. Nadie negará que este desenlace, en el que Riquer acaba por ser heredero de Pere Torroella, no es una casualidad admirable.

La búsqueda más importante, sin embargo, se concentró en el Archivo de la Corona de Aragón y en Protocolos de Gerona, donde los documentos iban surgiendo con lentitud pero con constancia. Partíamos de unos cincuenta documentos conocidos sobre el poeta. Al final del periplo, había encontrado más de trescientos documentos nuevos sobre Torroella, que ahora es uno de los poetas mejor documentados de nuestra Edad Media. También pude reconstruir el entramado de su familia, en la que constaban un abad con galera propia, un caballero que mercadeaba con sal y avellanas y que a veces buscaba ingresos extra ejerciendo de corsario y hasta de pirata, y un caballero de la orden de San Juan de Jerusalén que fue capturado por los turcos durante la famosa toma de Constantinopla. En resumidas cuentas, una familia típica del siglo xv. Al mismo tiempo, tanto Jaume Torró como yo mismo pudimos reunir una colección de documentos sobre otros escritores contemporáneos que nos permiten reconstruir con bastante precisión los entresijos de las cortes aragonesas de buena parte del siglo xv, con datos nuevos sobre Juan Poeta, Lluís de Vila-rasa, Perot Joan, Francesc Ferrer, Jacopo Mirabella, Suero de Ribera, Juan de Villalpando o el músico Juan Cornago, del que oirán ustedes, dentro de no mucho, una melodía con letra torroelliana que se me antoja una primicia mundial, pues los últimos en disfrutarlas debieron de ser los compañeros de Torroella, hace ahora casi seiscientos años.

Concluida la investigación histórica, se hacía necesario editar sus poesías y prosas, repartidas por más de cuarenta manuscritos. Cada viaje para inspeccionarlos cuenta con sus

pequeñas anécdotas, que aquí solo puedo resumir: en la Biblioteca Nacional de París, donde de todos es sabido que es obligatorio pelearse con el personal para poder consultar un manuscrito, estuve a punto de quedarme con las ganas de ver los míos y de quedarme aislado y solo durante tres semanas en una ciudad glacial, gris y donde todos hablan francés, un idioma que leo, hablo pero no entiendo; en la Biblioteca Británica de Londres contraí una conjuntivitis por culpa de un manuscrito descompuesto y lamentable; en la Sociedad Hispánica de Nueva York trabajé pocas semanas después de los atentados del 11-S, en un ambiente enrarecido, cuando la zona cero era todavía un lugar de peregrinación y de muestras de respeto, en una biblioteca solitaria y envejecida que contrastaba con el ambiente animado y folklórico del Harlem hispano. Hay muchas historias menudas como estas, pero el tiempo es breve y es necesario que nos centremos en los resultados, es decir, en el libro que hoy presentamos.

Mi intención es que de este libro emerja un nuevo Pere Torroella, y que se lo valore con la justicia que merece. Ustedes me dirán que no tiene la altura poética de un Ausiàs March, y que no impulsó la revolución de un Juan de Mena, y todo ello es cierto; pero también lo es que Torroella fue el gran activista cultural de las cortes más productivas de la literatura del siglo xv. Por otra parte, también es mi intención que estos tres volúmenes (los míos y el de Jaume Torró) muestren una nueva historia de la poesía a mediados del siglo xv, en los tiempos de Ausiàs March y de sus seguidores. He aquí lo que decía no hace mucho: esta obra podría parecer una edición de Pere Torroella, pero lo cierto es que Torroella es solo el pretexto para desarrollar esta nueva visión de la poesía de la época.

Tras diez años de investigación, las novedades habían de acumularse por fuerza. Si no hubiera datos nuevos, documentos inéditos y planteamientos novedosos, quizás estaríamos hablando de especulación literaria, pero no de investigación propiamente dicha.

Antes de ponerme manos a la obra, conocíamos unos cincuenta documentos sobre el poeta. Ahora contamos con más de trescientos cincuenta, que lo convierten en el poeta peninsular mejor documentado de la época, y que nos permiten seguirle el rastro en ocasiones día a día. Ahora sabemos, por ejemplo, cómo ingresó en la corte. Cuando en 1436 era todavía un

chiquillo y los infantes de Aragón guerreaban por la conquista de reinos lejanos, el infante Juan, rey de Navarra, volvió súbitamente a la península. El padre del futuro poeta, entonces, cogió a su hijo de la mano, lo levantó sobre el caballo y, juntos, atravesaron Cataluña hasta dar con la corte, con la certeza de que no volvería a ver a su hijo hasta que no fuera un hombre educado como correspondía a un caballero y a un cortesano. Tal vez pensarán ustedes que se trata de un sistema educativo cruel y elitista, pero funcionó, y el libro que presento es la mejor prueba de ello. También sabemos que el poeta, una vez se hubo consolidado como relaciones públicas y especialista en protocolo cortesano, cuando ya debía ser famoso en el amor y se sentía cómodo en los ambientes cosmopolitas, sedujo en secreto a la niña rica de su pueblo, la desposó a escondidas y forzó un matrimonio legal que lo favoreció durante el resto de su vida. También sabemos, o podemos sospechar, que esta triquiñuela no debió de complacer a sus nuevos suegros, pero nada nos permite imaginar en qué ambiente debieron convivir todos ellos bajo el mismo techo, ya que Torroella se instaló en la casa de ella tras el matrimonio. Nos corregimos: sí lo podemos imaginar, aunque sea especulando, porque durante la guerra civil catalana la suegra huyó del pueblo con los bienes del poeta, y el poeta, en justa correspondencia, se adueñó de los bienes de la suegra, y de esta forma tan graciosa y desenfadada las peleas y disputas judiciales entre suegra y yerno se alargaron durante años. Sabemos, entre las muchas minucias que se ocultan en los archivos, cuándo y por qué viajó a Nápoles, en compañía de sus hermanos y ejerciendo de tutor y educador del infante bastardo Juan de Aragón, futuro arzobispo de Zaragoza. Las primicias biográficas del presente libro, las menudencias impertinentes que una buena pluma podría convertir en novela, son demasiado numerosas para resumirlas todas: ahora conocemos sus intrigas y gestiones en el espinoso *affaire* de Carlos de Viana cuando este se enfrentó a su padre, el flamante rey de Aragón; podemos seguir las rutinas y monotonías de su vejez, cuando velaba por el patrimonio amasado por méritos propios mientras quizás recordaba los años y los versos de su juventud; y sabemos que debió de morir en 1492, cuando una nueva época amanecía en la historia y en la cultura peninsulares, una época que lo sumiría en el olvido pero que le debía mucho más de lo que nos imaginábamos.

El libro que presento también ofrece, por primera vez, más de cien documentos inéditos sobre la familia del poeta, hasta ahora desconocida. Gracias a ellos, algo sabemos de sus

abuelos, de sus padres, de aquellos hermanos (el cachorro cortesano, el abad letrado, el caballero pirata, el hospitalario heroico) que tan bien resumen todo lo que fue el siglo xv, y también de sus hijos, nietos, biznietos y otras derivadas que desembocan, como sabemos, en la familia Agullana y el maestro Riquer.

Las novedades también se extienden al conjunto de la obra literaria. Los poemas y prosas del ampurdanés han sido depurados y anotados (quizá sobreenotados) con vocación sistemática y tal vez obsesiva, con la intención de esclarecer problemas léxicos, gramaticales, semánticos, históricos, doctrinales y aquellos que se relacionan con las fuentes de inspiración. Las novedades, en este último punto, me parecen especialmente importantes, ya que confirman y amplifican lo que podíamos sospechar gracias a los poetas que Torroella cita en su poema *Tant mon voler*, es decir, que el escritor catalán conocía muy bien la poesía castellana, catalana, trovadoresca, francesa e italiana, y que por encima de todo dominaba, quizá de memoria, los dictados poéticos de Ausiàs March. La anotación meticulosa de la que vengo hablando convierte mi libro, en parte, en un libro *científico*, por emplear un término desagradable. Para facilitar su consulta y confirmar dicha dimensión técnica y ciertamente áspera, el segundo volumen incluye numerosos índices de rimas, léxico, *topica* y nombres propios.

Para alzar y apuntalar esta edición, ha sido preciso consultar casi cincuenta manuscritos ubicados en Europa y América, pero a su vez también se presentan nuevos manuscritos, no catalogados ni empleados por los especialistas: uno se encuentra en el Archivo de la Corona de Aragón, otro se custodia en la Biblioteca Nacional de París y contiene el fragmento de un cancionero, y el último fue subastado hace poco en Madrid. El estudio de los manuscritos me ha permitido descartar poemas que solían atribuirse a Pere Torroella, pero que seguramente son de autores anónimos. Entre ellos, quiero destacar unos poemas que plagian a Ausiàs March, unas canciones castellanas de autoría oscilante y un poema religioso que tiene poco que ver con el estilo alambicado y frívolo de Torroella. Por otra parte, mi libro presenta nuevas atribuciones y una faceta desconocida: entre las primeras, sobresalen una prosa hasta ahora anónima del *Cancionero de Herberay* y un poema pornográfico que una mano pía rayó hace siglos y que ningún editor había podido descifrar hasta hoy; respecto a

la nueva faceta, si hasta ahora sabíamos que Torroella había escrito verso y prosa, ahora podemos añadir que también ejerció de traductor, ya que el libro demuestra que una de sus prosas, hasta ahora considerada original, es en realidad la traducción de un discurso de éxito entre los humanistas.

La poesía, antes del Romanticismo, acostumbra a divulgarse en cancioneros. Para editar a Torroella como Dios manda, era imprescindible entender este principio casi tautológico, y también era indispensable no olvidar que un cancionero no es un depósito físico de textos, sino algo mucho más interesante: un estrato epidérmico que, a veces, nos permite rehacer y resucitar la geología y el magma literarios que lo han hecho posible, y que cuenta con su propia historia. En este libro, también por vez primera, se ofrece una visión de conjunto de algunos de los cancioneros catalanes más importantes del siglo xv: en efecto, trato de mostrar cómo los cancioneros de París (J), del Ateneo (N) y de Barcelona (L) derivan de tres colecciones perdidas que confluyeron en una sola, y propongo una fecha y un lugar, así como una explicación de dicha fecha y dicho lugar. También intento explicar que los cancioneros de Zaragoza (P) y de Nueva York (O²) derivan de dos colecciones previas, y al mismo tiempo trato de demostrar que seguramente existió un cancionero personal de Pere Torroella con una ordenación concreta y, quizá, con una transmisión inicial en cuadernos breves, aquellos que los provenzalistas germánicos llamaban *liederblätter*. Estas últimas reflexiones, empero, son meras hipótesis, que puede coincidir, o no, con la realidad.

El conjunto de datos, que aquí solo puedo resumir, nos permite ofrecer un nuevo perfil de Pere Torroella, que ahora se convierte (he aquí mi tesis) en uno de los epicentros de la poesía del siglo xv: su biografía, bien definida e ilustrada, lo sitúa en las cortes más activas del momento; su obra, bien representada en los manuscritos, hace de él una síntesis perfecta de la literatura amorosa de corte, donde participan las dos grandes tradiciones hispánicas (en catalán y en castellano) y las dos formas del discurso sentimental (prosa y verso, que aquí equivalen a la pedagogía y la práctica del amor).

Torroella, en efecto, fue un maestro de amor que gozó de un peso muy notable en la creación del canon literario del momento, un canon en el que, por vez primera, la tradición

precedente (formada por los trovadores, los castellanos, los franceses y los catalanes de principios de siglo) quedaba supeditada a dos nuevos modelos: Ausiàs March y Petrarca. Hay que insistir en este punto: Torroella fue el primero que exploró esta fórmula, y seguramente fue él quien la impuso entre sus contemporáneos. El dato no es baladí: March y Petrarca serán los modelos que, desde ese momento, marcarán para siempre la historia de nuestra poesía hasta el Romanticismo. La historia de la literatura nunca le había reconocido a Torroella el mérito de esta jugada maestra de la que fue un pionero firme y secreto.

La propuesta de Torroella tuvo éxito, y este es otro dato que desconocíamos: lo sabemos porque ahora queda demostrado que fue imitado por los poetas de su entorno, y lo sabemos porque podemos sospechar que los cortesanos que se sentaban a escucharlo lo hacían con admiración o, al menos, con respeto. Con esto último era suficiente. Torroella era un poeta culto, con un dominio excelente de la poesía vieja y de la poesía nueva, de los versos de los trovadores y de las novedades que llegaban de Italia, de las viejas propuestas peninsulares y de la impactante revolución de Ausiàs March. Además, supo aprovechar su cultura y exhibirla siempre que le dejaron, y esto último es quizá lo más importante cuando de lo que se trata es de marcar tendencias en la historia literaria.

Todos sabemos, si somos sinceros, que a menudo la cultura está unida a la pedantería y a la pose interesante. Todos sabemos, también, que a veces la pedantería aparece sin la primera. Torroella, a mi entender, pertenece al primer perfil psicológico. Podemos hacernos una idea de su carácter pedante y algo soberbio de dos maneras: o bien leyendo toda su producción literaria, en la que la humildad es virtud poco frecuente, o bien prestando atención al hijo del poeta. Soy de los que piensan que los nombres de los hijos definen a los padres, para bien o para mal. Nuestro poeta decidió que su hijo se llamaría Diomedes. Este detalle, por sí solo, dice lo mismo, si no más, que todos los versos y prosas del poeta. El detalle también me inclina a pensar que una Diana Torroella, mal ubicada en la genealogía pero relacionada con Diomedes, también debió ser hija del poeta. Hay casos, como sucedía con Joanot Martorell, en los que solo hay que esperar a que un documento, algún día, confirme lo que ya podíamos intuir sin necesidad de ápoas ni codicilos burocráticos.

En el nuevo perfil del poeta que este libro quiere mostrar, Pere Torroella es un escritor ambicioso, que escribe en todas las lenguas válidas en la península, que cultiva todos los géneros cortesanos, que maldice y bendice a las mujeres y practica el misticismo y la pornografía amorosos, que proclama su teoría erótica desde el púlpito áulico y la ejercita en la poesía y quizá en la vida, y que enseña cómo hay que adaptar a March a los registros más insospechados del momento, como la poesía castellana, la lírica musical o la prestigiosa tradición del trobar ric de Arnaut Daniel. Al mismo tiempo, en mi libro Torroella se presenta como un cortesano inteligente, como un niño sin herencia que supo prosperar lejos de sus padres y acabó por ser copero de príncipes, mayordomo y maestro de infantes, consejero de reyes, maestro de ceremonias y experto en protocolo y relaciones públicas en los palacios más refinados de su siglo. Había que ser inteligente, y extremadamente hábil, para mantener buenas relaciones con Juan de Aragón y, en jugada a dos bandas, con Carlos de Viana, precisamente en aquellos larguísimos veinte años en los que padre e hijo soñaron a diario con el infortunio del otro. Había que ser muy astuto y despierto para saber aprovechar la veteranía adquirida y seducir a la chiquilla rica del pueblo, y también para convivir en la misma casa con unos suegros que se cuidaron muy mucho de blindar los bienes de la hija para mantenerlos lejos de aquel cortesano ávido y avisado. Torroella, en definitiva, desplegó un mérito que suele ser más importante que la valía literaria. Supo estar en el lugar preciso y en el momento exacto: en Navarra antes del estallido de la guerra civil entre beaumonteses y agramonteses; en Nápoles antes de la muerte del Magnánimo; en Cataluña antes de la muerte del Príncipe en 1461, y al lado de los vencedores durante aquella guerra civil catalana que dio al traste con tantas cosas.

Va siendo hora de acabar. Decía Borges que todas las antologías comienzan bien y terminan mal, porque los siglos son los únicos que saben seleccionar. Este principio bien podría ser válido para la literatura, pero no para la historia de la literatura. El día que siguió a su muerte, durante aquel año en que cayó Granada y Colón pisó Guanahani, Pere Torroella fue enterrado, y también lo fue su obra. No le sobrevivió ni un solo imitador, ni ningún copista que creyese que valía la pena perder el tiempo con sus escritos (salvo el dichoso *Maldecir*), ni quizá un solo poeta que recordara sus versos o su docencia. A la larga, no obstante, el camino desbrozado por Pere Torroella, la fórmula que conjugaba a March y Petrarca, la que

él declinó por primera vez y mostró en la corte aragonesa, fue la que se impuso en la península: es la fórmula que, muy mejorada pero en esencia idéntica, cristaliza en Romeu Llull, pasa por las manos de Juan Boscán y madura en Garcilaso de la Vega, Gutierre de Cetina, Fernando de Herrera y Francisco de Quevedo. Todos estos poetas comprendieron, como por vez primera había enseñado Torroella allá en el siglo xv, un principio que muchos especialistas en poesía hispánica ignoran: que la renovación bien entendida pasaba por la conjunción de un modelo foráneo (Petrarca) y un modelo autóctono (March), y que esta semilla, antes de fructificar y ramificarse con vigor, fue cosechada en la Corona de Aragón por unos poetas a los que no leemos pero que, lo queramos o no, acabaron triunfando silenciosamente.

Este libro, por tanto, es y no es una edición de Pere Torroella. Lo es porque recupera, con una visión renovada y nueva documentación, la figura de este poeta ampurdanés que fue, durante varias décadas, el árbitro literario de los gustos poéticos en toda la Corona de Aragón. Pero el libro no es una edición de Pere Torroella, sino algo más, porque, junto con el volumen de Jaume Torró, quiere ser aquel libro que queríamos leer pero no existía, y que por eso mismo tuvimos que escribir entre todos. Un libro que presenta el entramado de las cortes catalano-aragonesas de la época, los caminos por los que Ausiàs March se convirtió en un poeta de éxito, la penetración del castellano en las altas y porosas esferas de la literatura, la relación lógica entre los sencillos y complejos cancioneros del momento, la creación de un modelo poético con un futuro de siglos y, en definitiva, quién era quién en la literatura oriental del siglo xv y en sus afluentes póstumos. Si hemos alcanzado, por una benigna casualidad, este objetivo, podremos decir que estos diez años bien merecieron la pena.

Muchas gracias.

Este discurso de presentación, pensado para su recitación oral, se inspira en ideas propias y ajenas. Entre los ajenos: R. Ramos, J. Torró, L. Badia, L. Cabré. La referencia completa del libro es: Pere Torroella, «Obra completa», edición crítica al cuidado de Francisco Rodríguez Risquete, Barcino (Els Nostres Clàssics), Barcelona, 2011, 2 volúmenes. El libro que precedió a este es: «Sis poetes del regnat d'Alfons el

Magnànim», edición crítica al cuidado de Jaume Torró, Barcino (Els Nostres Clàssics), Barcelona, 2009. En el acto de presentación, que tuvo lugar en la Sala de Grados de la Facultad de Letras, intervinieron Joan Ferrer (decano), Carles Duarte (director de Barcino), Sadurní Martí (tenor), Laia Frigolé (soprano) y Pau Marcos (viola de gamba).